

Notas y documentos

PALABRAS DE DON ROLANDO MERINO REYES (1)

I

Como quiero hablar

El señor presidente del Centro de Derecho ha tenido a bien solicitarme que hable en esta ocasión. Había resistido su petición por diversas razones de índole personal; pero la pertinacia y la cariñosa insistencia del señor Alejandro Alvarez, no han podido menos que doblegar mi débil voluntad.

Y heme aquí en este duro y difícil trance de dirigir la palabra a los jóvenes estudiantes de derecho. Difícil y duro trance porque, como tan bien lo expresara ese gran americano José Enrique Rodó, "hablar a la juventud es una especie de oratoria sagrada".

Lo que es la juventud.—Señores: aunque se trate de un tópico llevado y traído, hablar a una juventud constituye una función, una tarea singularmente grave. Aunque se haya dicho mil veces —hay que volverlo a repetir siempre— la juventud constituye las reservas espirituales y morales de todas las patrias.

(1) El viernes 10 de abril, el Centro de Estudiantes de derecho de nuestra universidad, recibió, en una sección solemne a los estudiantes que ingresaron en 1953. El decano de la facultad, don Rolando Merino Reyes, fué invitado a dar una charla con motivo de dicho acto.

Un concepto equivocado; una idea lanzada con torcida, dolosa o turbia intención, puede herir el ansia, el alma esperanzada de los jóvenes y producir consecuencias morales y espirituales incalculables.

¡Cuántas veces, señores, un concepto torpe, una palabra dura o injusta, un mal consejo, han arruinado una vida, y cuántas otras, fueron alzadas y levantadas de la tierra y el polvo de su postración y miseria, por una palabra atinada, que señaló un camino, que reavivó una esperanza o que indicó una lejana estrella que titilaba en el horizonte!

Mi perplejidad.—Es por esto por lo que, en estos instantes, me siento un tanto cohibido y perplejo. Siendo cierta tribulación de espíritu y pienso para mis adentros: ¡qué tremenda responsabilidad tenemos los que profesamos una cátedra o debemos decidir, a veces, del porvenir o del destino de algún estudiante! Prefiero equivocarme noventa y nueve veces; ser motejado noventa y nueve veces de benévolo, a cometer una sola injusticia o a tronchar una sola existencia juvenil cuyo destino la vida puso, por un transitorio acaso, en mis manos.

Con qué espíritu hablo.—He venido a hablaros en esta tarde sin larga preparación, con espíritu suelto y liberado —aunque no sea más que por estos breves instantes— de toda vileza, de toda pequeñez humana; libre de toda innoble intención. Quiero hablaros de la abundancia de mi corazón, porque de esta abundancia han de hablar siempre los labios. He venido a sostener este diálogo interno entre ustedes y yo, que externamente parecerá sólo un monólogo mío. He venido a pensar en voz alta, no a dar una conferencia, ni una charla, ni a hacer una disertación profunda. Me molesta sobremanera adoptar la posición de *magister* o del *domine*. Estoy fuera de la cátedra, cuando menos en estos breves y cordiales instantes. He venido a hablar en voz alta sobre dolientes y cardinales tópicos, que están por sobre la transitoria diversidad o contradicción de las ideologías múltiples de los hombres. En fin,

quiero hablar, como dijo una vez ese hombre puro, grande y justo que se llamó Romain Rolland: *au dessus de la mêlée*, es decir, por sobre la lucha candente y casi siempre odiosa y siempre pasajera de los hombres.

No hablaré "en academia".—Es por esto por lo que no voy a hablar, ni quiero hablar "en academia". No es mi intención emplear ese estilo tieso, lento y campanudo que suele ser el patrimonio común de los que se dicen académicos. Podría repetir con Rubén Darío: "de las academias líbranos, Señor".

Es mi voluntad conversar, en cálida y amigable convivencia intelectual, en el seno de este centro de derecho y en esta vieja escuela de las leyes, que todos anhelamos —y que la anhele yo singularmente— siempre abierta a los cuatro puntos cardinales de la cultura y sólo cerrada para aquellos que se manifiesten reacios o remolones al cumplimiento de sus deberes. En esta vieja casa de estudios hemos tratado siempre de eliminar, en lo posible, todo protocolo. Afirmamos, una vez más, que la cordialidad entre profesores y alumnos no significa romper la jerarquía, ni violentar la disciplina. Proclamamos que la ciencia que cada uno de nosotros profesa, no ha de impedirnos sonreír con dulzura a la vida, y que nada es tan perjudicial a la sabiduría y a la docencia como ese torpe engreimiento o engolamiento del espíritu, de que algunos doctos hacen gala, en la inútil creencia de aparecer más sabios.

II

Concepto y posible sentido de la vida

"Vivere, militare est", dijo Séneca. La existencia del hombre es una permanente militancia y la sociedad en que vivimos la milicia en que prestamos nuestros servicios. Quiero significar con ello que nuestras vidas no pueden ser pasiva contemplación del bien, si-

no activa lucha en contra del mal y del error. El hombre es, y ha sido siempre un beligerante, un combatiente, sea en contra del medio físico en que desarrolló sus actividades primarias, sea en medio de la sociedad. Ha luchado en contra de los demás hombres refractarios al bien, o a la verdad, o a la justicia, o a la belleza o al progreso. Ha luchado en contra del medio físico hostil, dominándolo o adaptándose a él mediante su clara inteligencia.

El hombre un constructor.—El hombre es, por sobre todas las cosas, un creador, un constructor. Con toda razón Lester Ward afirmó que el hombre, más que un animal que piensa, es un animal que hace, que construye, que modifica su medio o lo adapta a sus múltiples necesidades primarias o superiores. Blas Pascal afirmó que el hombre no era sino una débil caña, la más débil de la naturaleza; que el mundo podía aniquilarlo totalmente con el más mínimo esfuerzo; pero que el hombre era más grande que el mundo mismo que lo mata, porque al morir sabe que muere: *porque piensa*. Así, pues, el hombre piensa y después construye, y a lo largo de millones de años, de una larga prehistoria y de una extensa historia, ha ido lenta y trabajosamente elaborando aquello que llamamos la cultura.

Obligaciones que tenemos.—Esta libérrima condición de seres pensantes nos impone perentoria e ineludibles obligaciones de múltiple naturaleza. Y aquellos que tenemos, sin duda que inmerecidamente, una modesta función rectora, sea porque seamos transitoriamente decanos de alguna facultad; sea porque profesemos una cátedra, debemos sentir el imperativo ineludible de pensar alto, de sentir fuerte y, sobre todo, de hablar limpio. Si creemos que somos poseedores de una verdad que expresar o de una noble emoción que exteriorizar, no podemos dejar de hacerlo; más aún, debemos hacerlo sin otra condición que la rectitud y pureza con que lo hagamos.

Una confesión.—Creedme esta recóndita confesión que estimo oportuno hacer en esta hora en que me dirijo a los jóvenes que inician sus estudios. Las palabras que os dirijo en estos instantes

no van lanzadas en contra de nadie; ni en contra de esto, ni en contra de aquello. El dardo de mi reflexión carece de valor negativo. Esta charla es en favor de Chile y de su juventud; es en favor de nuestra patria y de sus más caras, seguras y auténticas reservas humanas y culturales que constituye la juventud de hoy día.

No me preocupan los partidos.—Mientras iba hilvanando estas modestas ideas, os declaro con la más ancha sinceridad, que no he pensado en ningún partido; en ninguna colectividad partidaria; en ninguna secta o confesión religiosa; en ningún gobierno o administración de ayer, de hoy o, posiblemente, de mañana. Y no he podido hacerlo porque ésta es la casa de todos, refugio cierto y asilo en contra de cualquiera opresión de los espíritus.

¡No se trata de subestimar las numerosas corrientes políticas. No puedo negar que las agrupaciones partidistas o ideológicas desempeñan una función de superlativa importancia en el libre juego de las instituciones democráticas de nuestra patria. Sin embargo, son subalternas, episódicas y transitorias ante la vida extensa de una nación o de un pueblo. Lo mismo puedo decir de los gobiernos. Pasan como las sombras, como las nubes o como las naves. Los partidos pasan también; los gobiernos terminan sus funciones, pero los países, las patrias —señoras y señores— perduran y permanecen firmes ante el embate de los siglos y sus juventudes se renuevan perennemente, constituyendo las fuentes de aguas vivas donde se nutren y sacian su sed las generaciones. ¡Río incesante de la historia, que va a vaciar sus aguas al mar desconocido de la historia que ha de venir!

La eterna crisis chilena.—Vosotros habréis, sin duda, oído hablar de las crisis por que atraviesa nuestro país. En todas las épocas; en todos los períodos históricos de nuestro desenvolvimiento, hemos tenido siempre una pléyade de Jeremías, de doctores en llantos, que van por calles y plazas gimiendo por la pérdida de una pasada grandeza; que reniegan del presente porque lo consideran inferior, o más pobre, o más decadente que el pasado. Caminan con

gesto torvo, con el rostro amarillo por el descontento, dejando caer la gota del veneno corrosivo de su personal e injustificado desconsuelo. Se les oye decir: "Antes, en nuestro tiempo, cuando yo era joven; cuando gobernaban otros hombres, ¡ah! . . . no pasaban estas cosas. ¡Qué tiempos; qué tiempos!" Para ellos es postulado el verso del viejo clásico y gran poeta Jorge Manríquez: "Como a nuestro parecer, cualquier tiempo pasado fué mejor".

Mi personal experiencia.—Un conocido economista chileno escribió, hace años, un libro con este sugestivo nombre: *La eterna crisis chilena*. Este título refleja todo un estado de espíritu propio de anchos sectores de la opinión pública.

Para estos Jeremías siempre el país está al borde del abismo y de la ruina. Se duelen del estado actual y proclaman que sólo faltaría un pequeño empujón para que la República se precipitara al fondo insondable del barranco. Proclama el desquiciamiento moral de los hombres; la blandura ética de las mujeres; la corrupción de los políticos; el quebranto de nuestras instituciones democráticas y republicanas: la ruina del comercio, de las industrias, de la agricultura, de las actividades económicas, en fin. Acumulan toda la negrura posible en el horizonte de la patria.

Llevo vividos cincuenta y cinco años —cumplidos hace muy pocos días— y desde que tengo uso de razón, como suele decirse, he oído hablar constantemente de este próximo aniquilamiento de la República.

No obstante todo; el país ha continuado un camino de progreso y de ascendente cultura, con esas altas y bajas propias de todo lo que vive, y una patria es también un organismo que vive.

Nuestro impulso de progreso.—Las crisis que tanto alarman a nuestros Jeremías criollos, son las crisis propias, pero nunca definitivas, de todo pueblo joven y en formación. A pesar de ellas, hemos hecho y trazado en la historia una ascendente curva de progreso.

Este impulso progresista surge de las entrañas de esta querida tierra nuestra, que se extiende entre una cordillera que gravita, un

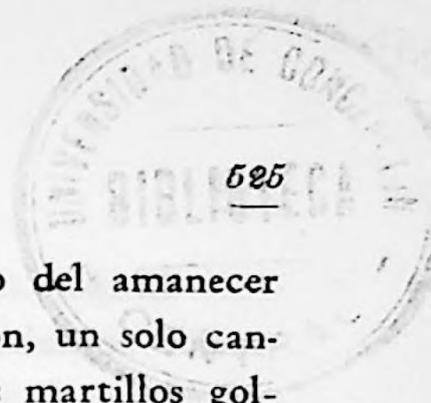
mar que la azota incesantemente, un desierto en el Norte y las montañas y los hielos del Sur. Surge de las entrañas de cada uno de nuestros conciudadanos; de estos montañeses silenciosos, parcos en palabras, un poco irónicos, y que hacen chistes hasta de su propia miseria y dolor cuando los sienten. Surge de la benignidad y variedad de nuestro clima. Desciende de la belleza de nuestro cielo; surge de nuestros paisajes, tan bellos siempre y que cada uno de nosotros lleva fotografiados en lo recóndito del espíritu.

En fin, es el hombre chileno y es la tierra chilena los que nos han dado ese vigor para luchar y esa resistencia para sufrir y soportar los rigores de nuestra geografía.

Lo que es nuestra tierra.—Así, pues, nuestro país y a pesar de nuestros Jeremías de todos los tiempos, no es “la tierra de corazones que han sufrido”: es la tierra de corazones que han luchado, han triunfado y siguen luchando por el incesante progreso de su patria.

Esta hermosa y extraña tierra nuestra, es sin duda, una de las más danzarinas y cimbradas tierras que pueda imaginarse. Somos un país de cataclismos. Cuando no hay un terremoto que destruye ciudades y asola extensas regiones de la República, son nuestros ríos que salen de madre u ocurre cualquier otro accidente físico con toda sus consecuencias destructoras. Os pregunto: ¿qué ciudad de las nuestras no ha debido ser construída y reconstruída y levantada dos o tres veces en el curso de nuestra historia? y siempre el chileno ha estado dispuesto a empezar de nuevo y a continuar la infatigable lucha que sostiene desde que poblara esta larga y angosta faja de terreno, larga y angosta como la esperanza del pobre, según un dicho popular.

Una lección con ocasión del terremoto de 1939.—En enero de 1939 yo vi —y todos vimos— esta ciudad de Concepción totalmente destruída por uno de los sismos más violentos de nuestra historia. Hubo centenares, miles de sus habitantes que perdieron, no sólo todos sus bienes materiales, sino a muchos de sus deudos queridos.



Os puedo expresar el recuerdo vivo que tengo del amanecer del día que siguió al terremoto: yo oí una sola canción, un solo canto, una sola actitud de nuestros habitantes: eran los martillos golpeando y eran nuestros compañeros de desgracia que levantaban, en el fondo de sus casas en ruinas, las nuevas viviendas provisionarias.

Yo sé que andan Jeremías contemporáneos quejándose de que nuestra reconstrucción ha sido lenta. Sé por un amigo que llegó no hace mucho de Italia, que me expresó su admiración por la rapidez con que se reconstruía lo que se ha llamado "la zona devastada". Me expresó que en la Italia de Mussolini, régimen al parecer muy activo, las ciudades destruidas por el último sismo, y a pesar de los años transcurridos, permanecían en idéntico estado.

Nuestra burocracia.—Y entonces, en esos meses que siguieron al terremoto de 1939, yo vi algo que llenó de satisfacción y orgullo: nuestras fuerzas armadas, realizaron una labor extraordinaria, cooperando con la población civil; los funcionarios de ferrocarriles, de correos y telégrafos, de hidráulica, de los servicios eléctricos, de obras públicas y caminos, trabajaron con singular denuedo y con extraordinaria eficiencia. En pocos días, todos los servicios públicos estaban restablecidos. Las calles habían sido casi totalmente despejadas de los escombros que las hacían intransitables y la vida de nuestra ciudad y de la región volvía a tomar su curso normal y ordinario.

Y, sin embargo, yo oigo contidianamente denigrar en calles y corrillos a nuestra burocracia nacional. Yo he sido —lo digo sin orgullo y sin ningún gesto de vana ostentación— intendente, diputado, ministro de lo interior, ministro de fomento (hoy llamado de obras públicas y comunicaciones), y ministro de salubridad por un mes y ministro de tierras por más de tres años.

Comprendéis, pues, que he visto trabajar a esa burocracia; que la conozco porque he trabajado con ella y junto a ella y puedo afirmar con conocimiento pleno de causa, que esa burocracia es, primero, honrada y, después, singularmente eficiente.

El país mejor organizado.—Señoras y señores: somos el país mejor organizado de América; somos el país más culto de América; somos la escuela de América y somos la vanguardia de América. Esta no es opinión que arranque del orgullo de sentirme chileno. Esto lo dicen todos los extranjeros que nos han visitado.

Aquí vienen los hombres de otros países hermanos a estudiar la organización de nuestra educación pública; a estudiar ese organismo máximo que se llama Corporación de Fomento de la Producción; vienen a estudiar cómo hemos aprovechado nuestras caídas de agua en El Sauzal, en El Abanico, en Pilmaiquén y otras plantas hidroeléctricas. Vienen a ver cómo hacemos la fundición de nuestros minerales en Paipote y en Huachipato; vienen a ver cómo funciona nuestro sistema de previsión social y cómo funcionan también las leyes protectoras del trabajador, sea empleado, sea profesional, sea obrero. Mañana vendrán a ver cómo refinamos nuestro petróleo.

Nuestros valores intelectuales.—Y nuestro progreso no lo ha sido sólo en el orden material. Por ahí anda Claudio Arrau, gitano del arte, asombrando al mundo con sus ejecuciones musicales; Pablo Neruda —que lleva, como un nuevo Caupolicán, el tronco de su comunismo a cuestas— que es sin duda el mejor poeta de habla castellana. Ahí está Gabriela Mistral, la gran poetisa, única americana que ha obtenido el Premio Nobel de Literatura. Ahí está Arturo Alessandri Rodríguez, considerado el mejor civilista de América e incorporado a las Ciencias Jurídicas de París, como un señalado galardón. Y el doctor Cruz Coke, designado miembro de la Facultad de Medicina de La Sorbona, honor muy poco dispensado.

Y continúan nuestros deportistas, que saben mantener con honor el orgullo de ser chilenos.

Nuestra historia.—Para curarse del pesimismo que a veces parece invadir la conciencia nacional, bastará hacer una breve excursión en nuestra historia. ¡Qué extensa galería de héroes de la espada y de héroes civiles! Nuestro gran padre O'Higgins marca la ruta. Terco, silencioso, abnegado, severo. Cuando se convence que no

contaba con la adhesión de sus conciudadanos, se desprende violentamente de la insignia del mando. Está el fraile de la Buena Muerte, Camilo Henríquez; los Carrera, los grandes inquietos de la República; Portales, el que luchó en contra del peso de la noche colonial y metió en cintura a la nación; Manuel Montt y Antono Varas, que hicieron progresar al país a golpes y empujones; Santa María, el laicizador de nuestras instituciones; Pinto que gana una guerra; Balmaceda que, con ojos de vidente, avizora el horizonte de la República y le marca seguras rutas que sólo hace poco hemos empezado a recorrer; Arturo Alessandri P., el precursor, que incorpora a la clase media a la vida activa del país; Pedro Aguirre Cerda, que inicia nuestra evolución industrial y que un día cae herido por el tremendo cansancio de un Presidente activo.

Y no cito ningún nombre más porque, más de algún malicioso, pudiera ubicarme de éste o del otro lado político.

El pesimismo.—Me parece sentir en esta hora de ahora, como dice Ortega y Gasset, que empiezan a soplar vientos de pesimismo.

Hace ya muchos años —y hablando también a una generación de jóvenes— dije que nada era tan perjudicial como la ubicación mental o espiritual en esos dos extremos constituídos por el pesimismo y el optimismo.

El pesimista cree que todo está tan mal; que el país está tan en la ruina, que ya nada puede hacerse. Y, en efecto, nada hace. El optimista, por su parte, cree que todo está bien, y tan bien, que nada más hay que hacer. Y, por lo mismo, nada hace. Estas dos ubicaciones mentales o emocionales conducen paralelamente a la inacción.

Yo he proclamado siempre que la mejor actitud frente a la vida y frente a su patria es la que yo he llamado "el mejorismo", palabra extraña.

Yo digo: lo que está, está bien, *pero puede estar mejor*. Y, porque puede estar mejor, hay que luchar precisamente para que las cosas se mejoren.

La hora de ahora.—Nuestro país atraviesa por un instante crucial de su destino. No me creáis un nuevo Jeremías, que llora desgracias. No. Digo momento crucial porque en estos años nuestro país está pasando por una de sus más profundas evoluciones y transformaciones sociales.

Señores: nuestra patria va saliendo de una economía exclusivamente agraria para integrarse en una economía al mismo tiempo industrial. Han surgido nuestras organizaciones obreras, fuertes y con claro sentido de clases. Los colegios profesionales que reúnen a médicos, abogados, farmacéuticos, etc., etc. Nuestras ciudades casi podría decirse, que se las ve crecer.

Todo está quedando pequeño. Los servicios de agua potable, de correos, de ferrocarriles, de salubridad, de previsión y tantos otros, que parecían satisfacer las necesidades nacionales, se encuentran actualmente en plena crisis, porque el país ha crecido en población y ha experimentado una profunda transformación económica.

El deber de nuestros gobernantes es actuar para obtener la adecuación de nuestras instituciones y de nuestra vida a estas nuevas condiciones, que tienen el carácter de auténticos imperativos históricos. En una palabra, si por alguna crisis estamos pasando, es crisis de crecimiento, de transformación, de progreso, como la que afecta al hombre al ingresar a la adolescencia de su vida. Por lo mismo, no debe embargarnos el pesimismo acerca del porvenir y destino de nuestra patria, sino inducirnos a trabajar cada día más y cada día mejor para limpiar la ruta o el camino a lo largo del cual ha de cumplirse esa transformación.

El deber de nuestra juventud.—Declaro que no profeso un ideal monástico. No predico una vida austera, alejada de los placeres y alegrías propias de toda existencia normal humana. Hay tiempo para todo. Siempre les he expresado a mis alumnos que, como se lee parece que en *El eclesiastés* hay varios tiempos, tiempo de rasgar y tiempo de coser; tiempo de reír y tiempo de llorar; tiempo

de descansar y tiempo de trabajar; tiempo de sembrar y tiempo de cosechar y, finalmente, tiempo de vivir y tiempo de morir.

Los jóvenes no pueden substraerse al llamado que nos hace nuestro país para actuar en forma de hacer posible y fácil la transformación económica y cultural por que estamos atravesando.

No me digáis que todo vuestro tiempo está ocupado por el estudio. Hay tiempo de estudiar y hay, también, tiempo de trabajar por el país; de allegar nuestro modesto grano de arena en la acción social, en cualquiera asociación, núcleo, organización en que cada uno de vosotros lo estime conveniente.

La juventud y la fe.—No soy de los que creen que cualquier tiempo pasado fué mejor. No pienso que la juventud de hoy es inferior a la juventud del año veinte, por ejemplo. Podrá ser distinta, tener un acento diverso; dedicarse a actividades que nosotros no teníamos o conocíamos. Pero si es juventud, tiene que tener todo aquello que es propio de esa hermosa etapa de la existencia humana: idealismo, ímpetu de acción, patriotismo; anhelo de servir a su país; afán de darse y entregarse a bellas acciones.

Si algo encuentro en ustedes es un poco de falta de fe. La juventud está impregnada de cierto pesimismo que la conduce equivocadamente a la inacción. Es cierto que el mundo se encuentra en el más trágico tránsito de transformación y que estos períodos se caracterizan por la desesperanza, por el desconsuelo y la falta de fe en el hombre y en su vida.

Lo que yo quiero.—Estas largas expresiones mías; este largo monólogo, no ha tenido otro objeto que decirles a ustedes que deben sentir un ancho orgullo de ser chilenos y pertenecer a esta gran patria nuestra. No somos un país rico; pero tampoco somos un país pobre. Tenemos una tierra dura y áspera que, a veces, parece conspirar en contra nuestra. Pero, es una tierra que se doblega y se entrega al que la trabaja, porque la ama; que quiere hacerla producir porque en esta forma hace patria y contribuye a la grandeza nacional.

En nuestro país nada es fácil y es por esto por lo que somos una raza dura y fuerte, que hemos ganado muchas guerras; que hemos conquistado territorios; que hemos aprovechado nuestros ríos; nuestras caídas de aguas. En fin, que hemos progresado y que seguimos progresando, aunque ello le pese a los Jeremías; aunque ello le pese a los pesimistas. Tenemos una loca geografía, como ha dicho Benjamín Subercaseaux. Es cierto, Pero, el destino está en nosotros. Tengamos, pues, fe. Fe profunda en nosotros mismos; fe profunda en nuestra raza; fe profunda en nuestra patria. Nuestros héroes cívicos; nuestros héroes militares la tuvieron siempre y supieron luchar con heroísmo y con denuedo.

Esos héroes nos están señalando con su dedo el camino que debemos seguir. Sigamos su ejemplo. *Sursum corda* ¡arriba los corazones de todos!